



Arun Sundararajan, doctor en Economía de la U. de Rochester, es economista de la U. de Nueva York

ARUN SUNDARARAJAN, ECONOMISTA Y AUTOR DE "THE SHARING ECONOMY":

“La economía colaborativa puede tener efectos positivos si los gobiernos regulan correctamente a las plataformas”

“Nadie en esta sociedad está o estuvo preparado para los cambios que están ocurriendo”, dice este académico, reconocido a nivel internacional por sus disruptivas ideas sobre el futuro de la empresa, del trabajo, el Estado y la confianza en una economía donde las plataformas digitales serán los protagonistas. **CRISTIAN PIZARRO ALLARD**

El académico Arun Sundararajan, de la Stern Business School de la U. de Nueva York, es una de las autoridades mundiales en economía digital. De nacionalidad india, el doctor en Economía por la U. de Rochester de declara gran admirador de Chile, país que aún no ha visitado. Sus opiniones son disruptivas: piensa que la confianza social no se ha debilitado, sino que ha emigrado hacia un nuevo punto: es optimista frente al papel de las redes sociales, y está convencido de que será posible insertar los valores laborales y democráticos en la nueva economía.

—Usted escribió “The Sharing Economy”. ¿De qué se trata ese concepto?

“La ‘economía colaborativa’ es una nueva forma de hacer negocios, que está cambiando cómo organizamos la actividad productiva. Durante la segunda mitad del siglo XX, la economía mundial se estructuró en torno a grandes compañías que contrataban a empleados a tiempo completo y producían bienes y servicios para los consumidores. El patrón que comencé a notar a partir de 2010 era una manera diferente de hacer lo mismo, pero a través de las plataformas digitales, donde gran parte de la actividad tenía lugar fuera de la organización y era delegada a un grupo de proveedores, que obviamente se beneficiaban al alcanzar un mayor volumen de demanda. Así, por ejemplo, Airbnb ofrece estadías cortas, como un hotel, pero ellos reúnen la demanda, lo que le permite a la gente encontrar alojamientos en cualquier parte del mundo. Sin embargo, la provisión real de este no es realizada por Airbnb, sino que por un grupo distribuido de anfitriones en diferentes lugares. De manera similar lo hacen Uber, Taobao y otras.”

—Por tanto, ¿este sería el camino para el capitalismo hacia el futuro?

“Es un camino posible que puede ser bueno para el mundo, y que incluso podría reducir las desigualdades. Pero para ello, hay otras instituciones políticas y sociales que deberían alinearse, y eso está aún en pleno desarrollo. Creo que la revolución de la economía colaborativa puede tener efectos positivos si los gobiernos regulan correctamente estas plataformas y les entregan incentivos para descentralizar la propiedad del capital generador de valor. Eso, con el tiempo, reduciría la desigualdad. Sin embargo, si nos movemos hacia centralizar el capital de la plataforma y reducimos las bases a una especie de proveedores de libre demanda, tendríamos el efecto contrario, lo que

podría conducir a menos oportunidades y a más desigualdad. Los dos futuros son posibles, y resultará clave el camino que adopten los gobiernos. Si proveen incentivos fuertes para descentralizar la propiedad, terminaremos en un buen futuro”.

—De acuerdo con lo que usted señala, el papel del Gobierno en la economía compartida se modifica sustancialmente. ¿Puede explicar mejor en qué aspectos veremos ese cambio?

“Me parece evidente que el lugar y el papel del Gobierno en este nuevo escenario será muy diferente del que lo hemos visto. Para que los gobiernos triunfen, tendrán que acercarse a las plataformas, no solo para regularlas, sino también como socios y aliados para el desarrollo de los países”.

—Hay vivimos en una profunda crisis de confianza en las instituciones. ¿Cómo se explica que esta nueva forma de organización económica funcione sobre la base de altas dosis de confianza en las relaciones y las transacciones que se establecen?

“No lo veo como una contradicción, sino más bien como una transición. A través de la historia hemos tenido diferentes maneras de proveer confianza comercial. En las primeras etapas de la actividad económica era puramente confianza comunitaria; luego los gobiernos comenzaron a jugar un papel por medio de regulaciones, y más recientemente las marcas han sido el principal proveedor de confianza. Ahora estamos en transición, y todas esas instituciones son importantes, pero hemos creado nuevas comunidades, esta vez digitales, que también están basadas en ciertas formas de confianza. Piense usted en el sistema de recomendaciones que registran las plataformas de reservas hoteleras. Allí estamos haciendo fe de la experiencia de otro en un determinado lugar. La tecnología digital ha ayudado mucho, aunque todavía no es suficiente: aún dependemos de las marcas y de los gobiernos. La confianza que tienen hoy las personas está basada en información digital, la que ha crecido de manera muy significativa en los últimos 10 años. Las cifras son elocuentes”.

—¿Qué pasa respecto de las condiciones laborales de los trabajadores? ¿La economía compartida no implica una cierta precarización del empleo?

“Creo que ese es uno de los desafíos más grandes que la sociedad tiene para las próximas décadas. Pero la solución no es, por ejemplo, contratar a los conductores de Uber

como trabajadores a tiempo completo. La emergencia de las plataformas y de la economía colaborativa ha creado un espectro más amplio de relaciones de dependencia y de cercanía. Así, la solución al problema de cómo mantenemos la seguridad social no es meter cualquier modelo nuevo de trabajo en la categoría de ‘empleado’, sino replicar los beneficios asociados al empleo y dejarlos disponibles a un grupo más amplio de trabajadores. Es una especie de nueva división de responsabilidades entre el Gobierno, la empresa y el individuo. Pienso que por ahí va una posible solución de largo plazo”.

—¿Cree que las grandes plataformas, como Google, Amazon o Facebook, están preparadas para asumir las enormes responsabilidades que supone esta nueva economía, en términos legales e incluso éticos?

“Nadie en esta sociedad está o estuvo preparado para los cambios que acabaron ocurriendo y que han llevado a una cierta polarización de la sociedad, a la emergencia de la desinformación o las fake news. Soy optimista, sin embargo, respecto de la forma en que las plataformas se están tomando este proceso de cambios. Han invertido muchos recursos en pensar cuáles deberían ser las soluciones a este tipo de problemas. Pero donde veo menos avances es en el resto de la sociedad. Hemos pensado cuidadosamente el diseño de las instituciones tradicionales, tenemos cientos de años de experiencia, pero las redes han venido a cambiarlo todo. Llegará el momento en que bajo esas lógicas digitales nos terminemos organizando como sociedad”.

—El proceso de transformación que usted prevé, ¿colocará otros valores sociales como preferentes?

“No necesariamente. Hoy existe una serie de principios del orden liberal democrático, como la transparencia, la libertad, los derechos de propiedad sobre nuestros propios datos, la participación de los usuarios para la toma de decisiones importantes de la sociedad, entre otras, y lo que hay que hacer es ser capaces de adaptarlas y aplicarlas en las plataformas. No es que tengamos que inventar un conjunto completamente nuevo de principios para estas plataformas; tenemos que tomar algunos de los aprendizajes de qué es y qué hace una buena institución y una sociedad estable, y adaptarlos. La dirección a la que queremos empujar estas plataformas es a que adopten los principios de libertad, y es lo que una plataforma inteligente hará. El cambio será algo gradual, pero irreversible”.

“Veremos en algún momento del siglo XXI que el modelo de producción en masa y de grandes corporaciones con muchos empleados será dejado de lado en favor del modelo de plataformas descentralizadas. Ambos competirán y serán igual de importantes en la economía”.

ARUN SUNDARARAJAN Economista de la U. de Nueva York.

ADULTOS DE 18 A 64 AÑOS, SEGÚN EL GEM-UDD:

Uno de cada cuatro chilenos ha estado involucrado en una iniciativa emprendedora en los últimos cinco años

Entre 2014 y 2018, la actividad emprendedora ha sido constante en el país, superando incluso a la OCDE en la tasa de innovación. Pero aún está al debe en la tasa de supervivencia. **MARISA COMINETTI**

Una tendencia estable es la que muestra la actividad emprendedora en etapa inicial en el país en el último quinquenio. Así lo muestra el estudio mundial Global Entrepreneurship Monitor, que en Chile es liderado por la UDD, que señala que, en promedio, el 25% de la población adulta de entre 18 y 64 años tiene un negocio de este tipo en marcha considerando el periodo 2014-2018, lo que equivale a unos 2,8 millones de personas.

Al analizar el sector durante estos cinco años se observan diferencias importantes respecto del grado de innovación en los proyectos de etapa inicial, como también en la supervivencia de aquellas empresas que se encuentran en la definida fase establecida.

En el primer caso, por ejemplo, el componente innovador no es una característica generalizada. Maribel Guerrero —profesora investigadora FEN UDD y directora académica GEM-Chile— advierte que del total tan solo el 13,5% de la población adulta ha puesto en marcha una iniciativa de este tipo, es decir, casi el 50% de los emprendedores en etapa temprana sugieren que sus productos o servicios fueron completamente nuevos para los potenciales consumidores y entraron en un mercado en el que casi no existía competencia.

Respecto del “valle de la muerte” —ciclo crítico que dice relación con el desafío de mantenerse activo en el mercado entre los tres y cinco años posteriores a su lanzamiento—, Guerrero afirma que entre 2014 y 2018 el indicador de las llamadas empresas en etapa establecida revela que, en promedio, el 9% de la población que existe ha manifestado que es propietaria de negocios que han operado en el mercado por más de 3,5 años. Pero, al contrastar esa tasa con la entrada de nuevos emprendimientos en el mismo lapso se observa que existe un alto porcentaje que no es capaz de consolidar su negocio en el tiempo (25,1% versus 8,5% en 2018).

Incluso, dice la académica, este análisis se vuelve aún más complejo al considerar los negocios innovadores, pues aquí la supervivencia es de 3% promedio en el último quinquenio, siendo de solo 1,9% en 2018 versus el 3,1% de 2014 (ver infografía). “Inmutablemente, esta tendencia nos pondría de manifiesto los bajos índices de innovación en las empresas establecidas”, señala.

En ese sentido, dice que, según datos del GEM, entre 40% y 50% de la desvinculación empresarial se atribuye a la dificultad de alcanzar la viabilidad económica-financiera del negocio (escasa rentabilidad o problemas de financiamiento). “El flujo de efectivo y la financiación son elementos indispensables en el funcionamiento y en la definición de estrategias de crecimiento en una empresa”, afirma.

CHILE Y EL MUNDO

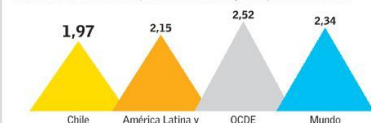
Al comparar la evolución del emprendimiento en Chile respecto de otros países, Guerrero comenta que es posible identificar tres tendencias. Primero, dice que mientras en promedio el 13,5% de la población local adulta entrevistada ha puesto en marcha emprendimientos innovadores, en los países de la OCDE la media es de solo 3,1%. Segundo, indica que si en promedio el 3% es propietaria de empresas innovadoras, en los países de la OCDE solo es el 1,2%. “En los últimos cinco años Chile se ha posicionado por encima de la media en los indicadores de emprendimiento innovador (etapa inicial) y de empresas innovadoras (etapa establecida)”, indica.

Lo anterior, no obstante, contrasta con la tercera tendencia. Esto, debido a que en Chile la actividad emprendedora con un alto componente innovador tiene menor persistencia en el tiempo que en la OCDE. Allí, por ejemplo, existen cuatro empresas innovadoras por cada 10 emprendimientos innovadores, mientras que en Chile la razón es de dos por cada 10.

“Consolidar un negocio innovador se basa en el trabajo constante, la persistencia e inspiración. Una buena idea innovadora no basta si quien la promueve no cree ni lucha por ella. Sin llegar a indicar una receta del éxito, algunas ‘buenas prácticas’ podrían ser una apuesta del Estado en la inversión sostenible y considerable del PIB en I+D; articular esfuerzos entre los diversos agentes públicos, privados y académicos, para transformar necesidades o desafíos en soluciones basadas en la generación de conocimiento que pueda ser transferible y comercializable, y una apuesta por el capital humano desde la óptica de formación, retención y atracción de personas con las competencias que el mercado internacional demanda en materia tecnológica”, dice.

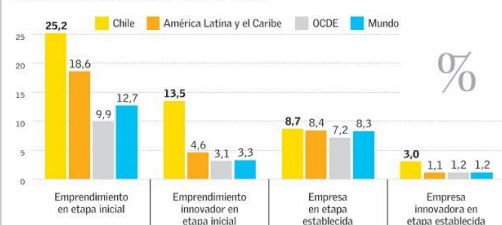
Transferencia I+D desde universidades

Escala de 1 a 5, donde 1 es completamente insuficiente y 5 completamente suficiente



Emprendimiento en Chile y el mundo: radiografía del último quinquenio

Como porcentaje promedio de la población adulta (18-64 años)



Fuente: GEM-UDD

EL MERCURIO